

Burbujas de jabón

S. Furhia



Capítulo 1

Burbujas de jabón

El agua que la envolvía hacía horas que se había enfriado. Pese a que la espuma formaba pequeños montículos esparcidos por la bañera, ella era incapaz de oler su aroma perfumado. Había intentado capturar las sensaciones que rodeaban su cuerpo: la luz tenue de una vela cercana, el vaivén suave del denso líquido cuando se movía y las pequeñas gotas que continuaban cayendo del grifo.

Sin embargo, la mujer no sentía nada. Se mantenía encogida en un ovillo de brazos y piernas, sumergida hasta el cuello. Su cabello flotaba como algas y las yemas de sus dedos empezaban a arrugarse. La miró extrañada, pues ni siquiera recordaba cuánto tiempo había pasado.

Los pensamientos vagaban perezosamente por su mente y no hizo ningún amago por evitarlos. Le costaba respirar: aquella era una sensación que la había acompañado desde que su mundo se tornó del revés. Notaba la presión en el pecho como si fuera un ancla y la arrastraba hacia dentro, hacia las entrañas, hacia el olvido.

Y le dolía. Le ardía el sufrimiento en la piel y en el alma. Pero no podía huir de sí misma, ni tampoco apagar el ruido de su cabeza. De modo que se quedó en la misma posición, quieta pero a la vez en estado de alerta.

Unos segundos después, deslizó su mano izquierda hacia el vientre en círculos pequeños. Descendía muy lentamente, como si en realidad no quisiera ir en aquella dirección. Más abajo, la cicatriz se extendía a lo largo de su bajo abdomen. Era una fina línea levemente engrosada que le recordaría siempre la vida que había en su interior, y la misma que había perdido más tarde.

Su hijo había nacido muerto. No lloraba, ni se movía, ni respiraba: no pertenecía al mundo de los vivos. Su llanto al verle, fue el más desgarrador que el universo conoció desde el inicio de su existencia. No habría consuelo para aquella mujer y sus días serían un constante recuerdo de lo que pudo ser, y no fue.

Ella lloró en silencio la pérdida de su ser más amado. Las lágrimas caían por sus mejillas hacia las clavículas, aunque sabía que aquello tampoco le aliviaría ni un ápice. Quería perderse en el fondo de la bañera: caer, caer y caer hacia la más profunda oscuridad. Atrás quedaron los días en que el mundo se vestía de colores y le sonreía solo a ella. Lejos se fueron la

esperanza y el perdón, la compasión y la propia estima.

La mujer se dejó caer poco a poco hasta quedar completamente sumergida. Los pulmones empezaron a quemarla y el corazón a latir más deprisa, pero ella lo soportó. Anhelaba reunirse con su pequeño, poder tocar sus dedos tan diminutos y suaves... Aunque pronto salió de un brinco del agua y luchó por tomar aire entre jadeos.

¿Por qué si su deseo era morir, su instinto la traicionaba de aquella forma tan perversa?